

Marradi, en el mes de septiembre de 1983. El folleto publicitario del Hotel-Restaurante Lamone, donde me hospedo desde hace una semana, dice así: «Hotel recientemente reformado. Cocina tradicional y genuina. Especialidades gastronómicas regionales tosco-romañolas. Especialistas en bodas, banquetes, celebraciones, etcétera. Caza, truchas, setas, queso artesano de oveja, torta de castañas. Vinos típicos de Toscana y de Romaña». Las habitaciones, distribuidas en dos pisos, se asoman por un lado a la estación de tren; por el otro, a una avenida poblada de castaños y dedicada a un tal Baccarini, pero conocida por todos como «avenida de la estación». En una de estas habitaciones, el poeta Dino Campana y la escritora Sibilla Aleramo pasaron la Nochebuena del año 1916: quién sabe si en esta misma que ocupó yo ahora, quizá en otra; quién sabe. El hotel ha reestructurado la parte interior, pero ha dejado intacta la estructura externa, y es muy probable que esta se construyera simultáneamente a la vía férrea Florencia-Faenza, inaugurada en 1893 con grandes fiestas populares y con la presencia de Su Alteza el duque de Saboya en representación de Umberto I de Saboya, rey de Italia «por la Gracia de Dios y por la voluntad de la Nación».

Las guías de turismo dicen poco acerca de Marradi: trescientos veintiocho metros sobre el nivel del mar, cinco mil habitantes (pero hacia 1900 eran muchos más, casi el doble), un santuario en los alrededores, algunos restos de torres medievales... En realidad, se trata de un pueblo atravesado por una carretera, y no tiene especiales connotaciones culturales o lingüísticas. Apenas los edificios de Piazza Scalelle recuerdan a la época en la que Marradi era la segunda capital de la «Romaña toscana», en la frontera entre dos estados: el Gran Ducado de Toscana y el Estado Pontificio. El paisaje, agradable, no ofrece escorzos o características de especial interés. La línea del horizonte es «suave» y a la vez «severa», como decía Campana; el cielo es límpido, la vegetación varía, pero eso es algo normal entre la belleza general del paisaje de los Apeninos: Italia es toda ella encantadora.

* * *

Desde la ventana alcanzo a ver los «montes azules», las rocas «a estratos», como los cortes del libro desencuadrado que es el mundo, y recuerdo las palabras de Dino, lo que le dijo a Sibilla: «Este es un pueblo en el que he sufrido mucho. Allá arriba, las rocas están impregnadas de mi sangre». A decir verdad, no sé qué he venido a buscar a Marradi. No quedan cartas, documentos —durante la guerra se perdió todo— y aunque encontrase algún viejo que rondara los cien años y fuera capaz de recordar y de hablar, ¿qué podría decirme de Dino Campana, considerado el tonto del pueblo? Esta es la verdad, pero la verdad no se suele decir. Quizá —me digo— he venido hasta aquí solo para ver los lugares que él amaba, para buscar sangre entre las rocas, quizá esperaba encontrar una estatua. Sí, la estatua: un monumento escala 1:1

del Poeta Loco. En pose báquica, no es muy diferente —si exceptuamos la guarnición— de los monumentos dedicados al soldado desconocido que se encuentran por doquier en pueblos y ciudades, cerca de la estación de tren o en el centro de plazas dedicadas a los caídos en la guerra: a los partisanos, a los héroes, a los santos, a los poetas, a los marineros, ¡a nosotros! (Como gritaban, animados por el énfasis de los envidiosos, los legionarios de D'Annunzio y los escuadrones del *Duce*).

El monumento a Campana no se ha erigido todavía; se hará, pero, antes, es necesario dar tiempo al tiempo y retórica a la retórica. Pasar de tonto del pueblo a héroe requiere su tiempo, mucho tiempo. De momento, han colocado una lápida, se le ha dedicado una calle, se ha organizado un premio literario todo para él, solo con su nombre: Premio Literario Dino Campana. Miembros del jurado: Giorgio Saviane, Claudio Marabini, Aldo Rossi, Lorenzo Ricchi y otra gente ilustre. Puede parecer que es poco, pero no lo es. Cuando hace treinta años el periodista Sergio Zavoli vino a Marradi en busca del rastro dejado por Campana, lo primero que le dijeron en la plaza —y de malos modos— fue que «era un loco y basta», pero Zavoli no abandonó las pesquisas. Entrevistó en la casa consistorial al teniente de alcalde Leo Consoli, y al ilustrísimo Bucivini Capecchi, secretario jubilado del Ayuntamiento y coetáneo de Dino.

ZAVOLI: Caballero Bucivini, alguien le ha echado en cara al Ayuntamiento de Marradi el no haber hecho nada para honrar la memoria de Dino Campana.

BUCIVINI CAPECCHI: De hecho, en una reunión consistorial hubo concejales que protestaron. Rechazaron la idea de recordar a este Dino Campana, y alguien dijo que había sido un precursor del fascismo...

ZAVOLI: ¡Incluso eso!

BUCIVINI CAPECCHI: ...mientras que nosotros, sus coetáneos, podemos demostrar que estaba completamente al margen, que no se interesaba por estas cuestiones.

LEO CONSOLINI: Por lo demás, las pruebas de que el Ayuntamiento de Marradi ha tomado cartas para honrar la memoria de Dino Campana son estas, mire: dos años seguidos, el 1952 y 1953, se presupuestaron quinientas mil liras, pero la Diputación provincial consideró oportuno no dedicarlas a eso porque el balance económico del Ayuntamiento de Marradi era deficitario. Por otro lado, para demostrar la voluntad del Ayuntamiento a la hora de recordar dignamente al poeta, nos hemos procurado, digamos, el parecer de grandes personalidades e instituciones: Ardengo Soffici, el senador Emilio Sereni, la Accademia della Crusca, la Accademia dei Lincei, la Deputazione di Storia Patria. Aquí, en esta carpeta, tengo las pruebas.

Las respuestas de las academias y las personalidades parecen avergonzadas, contritas, y son favorables siempre, por regla general, a todo tipo de celebraciones. Desmienten que Campana fuese «un precursor del fascismo» y aseguran que no hay sospechas en su contra. «Querido camarada —escribe el senador Emilio Sereni al alcalde comunista de Marradi, que lo consultó sobre la posibilidad de dedicar una calle al poeta—, creo que es justo dedicarle a Dino Campana una calle de vuestra ciudad. Dino Campana es, sin lugar a dudas, un nombre importante en la poesía moderna y forma parte de la historia de la literatura. No hay dudas o reservas de carácter político hacia él, sobre todo porque la locura lo liberaba de toda responsabilidad en cuestiones políticas y, además, no se mostró nunca declaradamente reaccionario. Bueno sería

dedicar una calle a un escritor toscano. Escribidle a Romano Bilenchi, que está en Florencia, por si quisiera hacer él las presentaciones en tal ocasión. Firmado: Sereni».

* * *

Pongamos un poco de orden en los fantasmas del pasado.

«Fanny» Luti y Giovanni Campana, que querían «poner a salvo» a su hijo, decían, «por su propio bien» y que no cesaron hasta que lo supieron recluido en un manicomio, a perpetuidad.

El tío Torquato, el tutor. «Buen humanista» como era, compuso el epígrafe y se lo hizo escribir bajo su dictado.

Papini y Soffici, los intelectuales de moda, que le enseñaron la humildad y las reglas del juego literario.

Los «chacales chillones» de Marradi y los «chacales de salón», esto es, los literatos florentinos que lo consideraban algo insignificante, un elemento del folclore local.

Rina Faccio, secuaz de D'Annunzio, con el nombre artístico de Aleramo —anagrama de Amorale—, que en el verano de 1917, cuando todos los varones italianos estaban en el frente, relataba los meses pasados «en olor de santidad» y echaba las culpas a Campana.

El crítico Bino Binazzi, plenamente convencido de que, para llegar a ser poeta famoso, Dino debía ser, sobre todo y antes que nada, un loco famoso.

Los psiquiatras-electricistas que lo convirtieron en el hombre eléctrico, Dino Edison.

El otro psiquiatra, Pariani, que para escribir un mediocrísimo libro sobre la relación entre genio y locura lo atormentó con extenuantes (y vanos) interrogatorios entre 1926 y 1930.